



ESCRITURA Y PSICOANÁLISIS

Daniel Gerber

Susana Bercovich

Helí Morales Ascencio

Modesto Garrido

Gabriela Ruiz González

Adalberto Levi-Hambra

Frida Saal

María Teresa Orvañanos

Margarita Gasque

Néstor A. Braunstein

Fernanda Navarro

Rosario Herrera Guido

Jorge Belinsky

Edwin Sánchez Ausucua

Volumen a cargo de
Helí Morales Ascencio

COLOQUIOS DE
LA FUNDACIÓN

XXI siglo
veintiuno
editores

LA “INQUIETUD DE SÍ” EN LA FILOSOFÍA HELÉNICA

Las técnicas del “yo”

FERNANDA NAVARRO

Situaremos, con Foucault, la Edad de Oro de la “inquietud de sí”, de la Cultura de sí, en la era transcurrida entre el helenismo (siglo III a.C.) y la época romana. Justo después del derrumbe de la “polis” griega, gloria y orgullo de Atenas...cuando la figura del ciudadano -subordinado a la ciudad- cede el paso a la del individuo.

Es el momento en que surgen las escuelas filosóficas helénicas: los estoicos, epicúreos, cirenaicos y cínicos que no priorizaron la vía del “logos-episteme”, la vía de la Razón, discurso y Verdad, sino que hicieron de la filosofía una forma de vida, una ética e incluso una estética de la existencia; momento al cual Heidegger se refiere como aquel en que:

“la pregunta por el ser no había sido desviada aún por la adopción de la senda del conocimiento frente a la del ser” (*Sendas perdidas*).

La “inquietud de sí” contemplaba el conocimiento y el cuidado de sí, en el proceso de la autoformación; entre cuyas “técnicas” la ESCRITURA habría de ocupar un lugar especial. Foucault, en su interés por los procesos de subjetivación, dedicó a este tema el último tomo de su *Historia de la sexualidad*, eligiendo como hilo conductor a las “técnicas de sí” predominantes en aquella época, es decir, los procedimientos presentes en cada civilización, propuestos o prescritos a los individuos para la afirmación, conservación o transformación de su identidad, en función de determinados fines.

Para ilustrar algunas de estas técnicas recurriremos a Epicteto, el sabio estoico, quien entre sus consejos recomendaba el frecuentarse uno mismo, tener “tête-à-têtes” consigo mismo y, caído el crepúsculo, “en la penumbra, convertirnos en nuestros propios vigilantes nocturnos para verificar las entradas al alma y no permitir ninguna picza falsa, siendo lo primordial la búsqueda de la relación del “sí” consigo mismo para sobrevolar servidumbres y dependencias. Con el mismo

fin proponían el diálogo, las lecturas, los viajes y de manera especial, la ESCRITURA de cuadernos a manera de “Diario” –notas de reflexión, de conversaciones y lecturas, de viajes y aconteceres– como un ejercicio cotidiano, para plasmar los sucesos, pensamientos y deseos que pueblan nuestro interior, en diferentes momentos de nuestra existencia, y para dejar registro de los diferentes “yoes” que nos habitan y configuran al paso del tiempo. Pues sería un abuso, no de confianza sino de memoria, el pretender ser capaces de recordarnos, al detalle, a distancia de años, décadas o lustros. Estos cuadernos constituían una especie de memoria matrial de las cosas leídas, escuchadas o pensadas conformando así un tesoro acumulado para su ulterior relectura y meditación.

Estos “cuadernos de vida”, que eran un ejercicio común, al menos entre un público culto, servían también de guía de conducta. Incluían, además, citas célebres, extractos de obras o de ejemplos de vida de personajes ejemplares, anécdotas y aforismos, razonamientos y reflexiones. Eran pues parte de la materia prima para la escritura posterior de tratados más sistemáticos en los que se avanzaban argumentos y medios para luchar contra tal o cual defecto de carácter, como la cólera, la envidia y la adulación o bien para sobreponerse a algún escollo: un duelo, un exilio, una ruina o una desgracia... con la finalidad de hacer del sí mismo la “bahía que acoja y proteja de las tempestades”.

Trasladándonos al Jardín de Epicuro nos encontramos con sorpresas que el estereotipo cultural heredado lo ha empañado al asociarlo preponderantemente con el hedonismo puro. Tenemos que, entre las prácticas epicúreas figuraba el estudio, el conocimiento no sólo de sí sino del mundo, de su necesidad y de la relación con la Naturaleza y con los dioses –no los australes, no los del Estado, que ellos rechazaban– sino sus antropomórficas deidades habitantes de los intermundia... todo lo cual constituía el marco para poder ocuparse de sí. Sólo comprendiendo la Naturaleza y el mecanismo del mundo puede el átomo humano ser capaz de tener dominio de sus pasiones. Una de las razones para estudiar la física o la cosmología era poder alcanzar la autonomía, la autarquía, a través de una ética del autodomínio. Fue esto justamente lo que le hizo a Epicuro alterar, contrariar, la física determinista de Demócrito e introducir el “clinamen”, esa desviación de los átomos en la lluvia paralela, con el fin de conferirle un fundamento a su ética y dar lugar a la libertad y a la creación de mundos. En sus *Exhortaciones* afirma: “La Necesidad es un mal, pero ninguna necesidad hay de vivir en la Necesidad.”

Entre sus prácticas figuraba el desprenderse de lo superfluo para alcanzar una libertad interior, lo cual formaba parte del proceso de autoformación cotidiana en el jardín epicúreo y subversivo, tarea esta nunca solitaria sino a través de un ejercicio intersubjetivo en el que la Amistad constituía la relación suprema, en tanto virtud no-política capaz de remplazar las leyes, quedando así subordinada la Justicia (a la Amistad).

Si todo mundo puede practicar la amistad –ahí donde el amigo es un otro yo– es que todo mundo puede ser sabio: i.e. VIVIR SIN AMO. Según de Witt, la sabiduría epicúrea constituye la primera filosofía mundial. Así, resulta comprensible su herencia que, al unir categorías como la libertad, el placer, la alteridad y la amistad, despertará entusiasmos y nostalgias a lo largo de 7 siglos, bien entrada nuestra era; curioso efecto les deparó la fortuna a ellos cuya noción de temporalidad se caracterizó por la búsqueda del secreto para detener el presente, para dilatar el instante: *Carpe Diem*.

Todas estas técnicas de vida, constitutivas del sí mismo, fueron extrañas, ajenas, a la hipótesis represiva basada en la prohibición y en la ley. Guardaron distancia e independencia de toda legislación moral. El cuidado de sí, como moral, no era impuesto por una instancia codificadora. Era una actitud que el individuo tenía frente a sí mismo: un trabajo estético donde cada uno tenía la posibilidad de modelar su propia vida como un “arte”, al margen de un sistema de normas o de un fundamento metafísico.

Así resulta que la reflexión sobre “Sí” constituía una hermenéutica de sí mismo, una “prueba modificadora de sí”, que permitía ganar un espacio de pensamiento, donde el “sí” se relacionara consigo mismo “en” y “a través” del otro.

Algo digno de destacar es que se trataba de ejercicios, prácticas, técnicas –no de dones, no de hechos, ni de positivities. Pues eran conscientes de que ningún talento puede adquirirse sin una práctica, un proceso. De igual manera, el arte de vivir –la *techné tou biou*– no podía aprenderse sin una “áskesis”, considerada como un aprendizaje de sí por sí, donde el sí mismo es sujeto y objeto de conocimiento. Éste era uno de los principios tradicionales a los que todas las escuelas filosóficas griegas le acordaron una gran importancia. Quisiera poner énfasis en la finalidad específica de la ESCRITURA aquí, a diferencia de tantos otros periodos de la historia en que también se ha escrito, como dice Foucault: “la gente escribe sobre sí hace dos mil años”– pero en la antigüedad griega se escribía teniendo como fin la autofor-

mación, la automodelación dentro del marco de una ética y una estética de la existencia.

Por otro lado, estas prácticas no fueron invención del pensamiento filosófico ni se circunscribían a los círculos intelectuales. Constituyen un precepto de vida que, de una manera general, era altamente valorada en Grecia, aunque sí marcaba un privilegio, una superioridad social.

Esta experiencia tuvo también auge en la pedagogía, la *Paideia*. Se trataba de poner en tela de juicio lo aprendido, de des-aprender, para iniciar la propia formación de la dirección elegida, para adquirir las armas requeridas para enfrentar la vida o para ofrecerle resistencia.

Una pregunta candente en relación con la *Paideia* que provocó sendas discusiones entre las principales escuelas filosóficas surgió en torno a la necesidad de priorizar –o no– los conocimientos teóricos, el “logos” frente a las reglas concretas de conducta o si los “dogmata”, principios teóricos como meros complementos de las prescripciones prácticas.

En este proceso, la presencia y el auxilio de un maestro resultaba necesaria. Séneca lo reafirma al decir que nadie es lo suficientemente fuerte y audaz para lograr salir, por sí mismo, del estado de “*stultitia*” en el que se encuentra naturalmente. Se trataba de un ‘servicio para el alma’ en el que la aparición de Eros no era infrecuente.

Era cuestión de otorgarle un tiempo a la escucha para asimilar la verdad recibida en el proceso de enseñanza, lecturas o consejos, hasta convertirla en un principio interior, permanente y activo. Totalmente diferente de la reminiscencia platónica a la que había que recurrir para encontrar la verdad escondida en el fondo del alma. Aquí la intención no era descubrir una verdad en el sujeto sino de armar al sujeto con una verdad que no conocía y que no residía en él.

Al “*conócete a ti mismo*” socrático, los epicúreos propusieron el “*sé tū mismo*”. Si bien ambos dependían del imperativo de inquietarse u ocuparse de sí, para los segundos no se trataba de encontrar la esencia oculta de uno mismo, sino de una forma de vida que habría de extenderse a todo lo largo de la existencia. Una manera de hacer de uno mismo su propia “residencia”

...práctica generadora de placer, por otro lado, y condición para el encuentro con la alteridad, para desembocar finalmente en una SOCIEDAD, en una polis, compuesta de individuos así autoforjados, templados por el filtro y por el horno de Vulcano, dotados ya de esa sabiduría que Epicuro definía como la posibilidad de “vivir sin amo”.

Hasta aquí, el marco helénico. En los párrafos que siguen quisiera yo permitirme algunas reflexiones acerca del concepto de "subjetividad" que puede desprenderse de la concepción del "sí mismo" planteada por las escuelas filosóficas aquí aducidas.

En su manera de referirse al ser humano como algo por construirse, por formarse, está implícita la idea de que coinciden en considerarlo como "una entidad indecisa", cuando menos (palabras de Foucault). Por otro lado, cabría una distinción entre el "Yo" y el "sí mismo", en tanto que el primero goza de una solidez racional y de una sustancialidad que el "sí mismo" no tiene, al no estar dado como una esencia, y al tener que crearse y recrearse constantemente, a través de un ejercicio ético en el cual la alteridad es imprescindible.

Arriesgando una conceptualización posmoderna, podríamos decir que el ser se destotaliza en potencia, lo cual le permite configurarse como una capacidad del sujeto, de manera de poder reconfigurar su identidad y sus modos de relación con el mundo.

El sí mismo, insustancial, partiría de su propia orfandad y desamparo para proceder a su propia autoconformación, nunca acabada, resultando en una singularidad única e irrepetible. Deleuze pregunta ¿no somos acaso 'ecceidades' (particularidades discontinuas y únicas) más que "yoes"? i.e. cada singularidad es irremplazable por rasgos universales.

Intentar imprimir permanencia a algo tan evanescente e inasible como el "sí mismo" o el sujeto, ¿no es acaso una ilusión de la metafísica, una ficción?

Sólo el arte vemos que es capaz de captar lo incaptable del ser. Valéry.

Finalmente, diré que lejos de mi la intención de proponer un retorno a Itaca...ni al helenismo. Elegí este tema simplemente por la riqueza que entraña como un momento climático del cuidado e inquietud de sí –paralelismo con el psicoanálisis–, en el que la ESCRITURA jugó un papel relevante y quizá también por una cierta nostalgia inconfesada –en tiempos como este en que los desiertos crecen– de ese ejercicio de sí que conduce a una ética y una estética de la existencia.

México, 10 de diciembre de 1993

(PO)ÉTICA DE LA ESCRITURA

ROSARIO HERRERA GUIDO

...lo poético no es algo que está fuera, en el poema, ni dentro, en nosotros, sino algo que hacemos y que nos hace.

OCTAVIO PAZ (*El arco y la lira*)¹

La cuestión ética, en la medida en que la posición de Freud nos permite progresar en ella, se articula a partir de una orientación de la ubicación del hombre en relación con lo real.

JACQUES LACAN (*Ética*)²

De lo escrito hemos visto muchas mutaciones desde que el lenguaje existe. Lo que se escribe es la letra, y la letra no siempre se fabricó de la misma manera. Al respecto, se hace historia, historia de la escritura y se devanan los sesos imaginando para qué diablos servirían las pictografías mayas o aztecas y, un poco más atrás, los guijarros de la Masía de Azil: ¿qué diablos serían esos dados tan raros? ¿A qué jugaban con ellos?

JACQUES LACAN (*Aun*)³

I. EL INCONSCIENTE ESTRUCTURADO COMO UNA POÉTICA

En el Noveno Coloquio⁴ tuve varias osadías: corregí a Freud y a Lacan al lanzar la hipótesis de que *el tiempo del inconsciente es el instante*, acuñé el significante de (po)ética para poder sostener la tesis de que la dimensión ética del psicoanálisis abre una dimensión estética (como el ser no se puede decir, hay que hacerlo, crearlo), y me arriesgué a modificar una definición sagrada de Lacan al decir que *el inconsciente está estructurado*

¹ O. Paz, *El arco y la lira*, México, FCE, 1979, p. 168.

² J. Lacan, *La ética del psicoanálisis*, Barcelona, Paidós, 1988, p. 21.

³ J. Lacan, *Aun* (Seminario XX), Barcelona, Paidós, 1981, p. 60.

⁴ Véase "Tiempo y (po)ética en psicoanálisis", en *El Tiempo, el psicoanálisis y los tiempos*, México, Fundación Mexicana de Psicoanálisis, 1993.